

te en Murcia R por L (*cardero, barcón, farda*) que L por R (*cuelpo, cuelda*). Y en cuanto al sufijo diminutivo *-iquio* (corrupción del aragonés *-ico*, que también se da en murciano, representando una clase media entre el vulgar *-iquio* y el culto *-ito*) hay que decir que no es esa su pronunciación, aunque sea ese el modo más aproximado de representarlo; se hace con un sonido, intermedio entre K y Ch (\tilde{C}), pero más cercano al palatal que al velar, y con oscilaciones (quizás variaciones extrafonológicas) hacia uno u otro: *pequeñik-cho*, que no es ni *pequeñiquio* ni *pequeñicho*. Es el mismo sonido pospalatal tan frecuente en Canarias que produce asimismo las confusiones gráficas entre Ch y K: *Benchomo* y *Bencomo* (con pronunciación intermedia) se llama allá a uno de los más famosos equipos de lucha canaria.

Y ya que hablamos del canario, tratado en esta edición por vez primera, hemos de añadir otro aspecto interesante, y es la aspiración de la H hasta llegar a una J marcadísima. Sólo presentamos el curioso ejemplo, oído en Tenerife, de *Majoreros*, gentilicio aplicado a los habitantes de Lanzarote, del nombre guanche de la isla, Maoh. Cfr. las formas italiana *Mahoreri*, y portuguesa *Majoreiros*. (Vid. el importante estudio de Wilhelm Giese, «Acerca del carácter de la lengua guanche». Publicaciones de la Universidad de La Laguna, Facultad de Filosofía y Letras. La Laguna de Tenerife, 1949, pág. 6, nota 12).

De otra índole ya, tal vez se podía haber pedido un índice general de las numerosas palabras estudiadas o citadas en el texto, tan necesario para el continuo manejo de esta clase de trabajos.

Hemos observado unas pocas erratas no incluidas en la relación final: *de* por *d* (pág. 148, línea 18), *i* por *t* (pág. 295, l. 4), *africativa* por *fri-cativa* (pág. 318, l. 12) y alguna otra insignificante.

Y para terminar nos vamos a permitir pedir al Sr. Lapesa que para la tercera edición, que no se hará esperar tanto como la segunda, amplíe aquellos puntos que sólo han quedado esbozados, reuniendo los datos que quedan dispersos en bibliografía no siempre asequible, e ilustrando cada episodio de la historia de nuestra lengua con muestras literarias adecuadas, a cambio de la breve antología suprimida.

E. Aranda

Seminario de Filología Románica

Dr. L. Blas.—DISOLVENTES Y PLASTIFICANTES.—Aguilar, S. A. de Ediciones; Madrid, 1950. XIX, 169 pág.

Con esta nueva obra del Dr. Blas se incrementa la colección de Química y Tecnología Química con que Aguilar, S. A. de Ediciones nos está favoreciendo.

Después de una introducción en la que se describen los procesos de solu-



bilidad, trata en el primer capítulo de las propiedades físicas de los disolventes que pueden tener interés técnico, describiendo para cada una de ellas los métodos más destacados para su determinación.

En el segundo capítulo se destaca la importancia que actualmente tienen los disolventes con sus aplicaciones más señaladas en la industria, la recuperación de ellos, las precauciones que deben tenerse en su manejo y la toxicidad de los mismos.

En los cuatro capítulos siguientes se estudian, agrupados por funciones, las características, aplicaciones y constantes de los disolventes actualmente más conocidos y empleados, comprendiéndose en total 113 sustancias distintas.

El último capítulo de la obra se dedica brevemente al estudio de los plastificantes, limitándose a dar las características de los usados con más frecuencia.

Dada la importancia que de día en día va teniendo en la industria el empleo de los disolventes, la obra del Dr. Blas resulta de un valor inestimable.

La edición, tan esmerada como Aguilar, S. A. de ediciones nos tiene acostumbrados.

E. Monllor